

con paso rápido y sonoro sobre el asfalto, y de coches que subían en apretadas filas hacia el Bosque. Ella iba en su *landau*, envuelta en pieles, mecida por el suave y ondulante movimiento del carruaje. Reconocía al paso personas que la saludaban sonriendo. Su única preocupación era lo que podría agrandar á Fernando. Por la noche comida de ceremonia, y luego al baile. Y oía el agradable ruido de la cristalería y la loza en el banquete, el murmullo de las conversaciones en voz baja en el fondo obscuro del comedor, concentrándose todas las luces en la mesa, radiante de cristales de colores, botellas de caprichosas formas, platos, fruteros y flores. Los trajes escotados, confundidos con los fraques negros, ostentaban sus variados colores; los abanicos, moviéndose sobre los pechos como alas de pájaros enamorados, y agitábanse las cabezas nobles y graciosas, haciendo brillar los diamantes. Luego, la entrada en los salones, invadidos de invitados graves, hablando con aire misterioso en los huecos de las puertas, mientras que la sonoridad de la orquesta repetía las más bonitas piezas de la última opereta. Y asida al brazo de su caballero, lanzábase en el torbellino del vals, con los ojos vagos, la respiración anhelante, dando vueltas y vueltas en aquel aturdimiento que era su vida.

De pronto Edmea se levantaba, y hacía ruido con la silla. Regina abría los ojos, y toda la visión encantadora se desvanecía. Como cuando cae el telón en el teatro, la decoración, los personajes, todo desaparecía. Y volvía á verse en el salón frío y triste de la antigua casa solariega, sola con su hija. Entonces inclinaba su cabeza sobre el pecho, extinguíanse sus miradas, y experimentaba la sensación penosa de la sepultura, sin esperanza en aquella lúgubre tumba.

Edmea había procurado reanimar el abatido espíritu de su madre. Se había esforzado en distraerla, dándole conversación, paseándola, entreteniéndola. Pero la Baronesa apenas contestaba, se dejaba conducir indiferente, y no trataba siquiera de disimular el hastío mortal que la postraba.

Sólo tenía unos momentos de placer en el día: cuando leía el periódico que le hablaba de París y le contaba las cosas del mundo, los rumores de bastidores, y le describía los bailes y las representaciones. Experimentaba la satisfacción del prisionero á quien se habla de libertad.

Y siempre, en sus ojos, que parecía querían ver más allá del horizonte, Edmea descubría el recuerdo de la agitada existencia que había hecho de una mujer sana é inteligente una pobre criatura enferma y atrofiada.

La joven había tomado su partido, resignándose á vivir sin pensar en el porvenir, no queriendo saber lo que sucedería el día siguiente, y gozando de la tranquilidad del presente.

Había vuelto á sus paseos por el bosque, que presentaba un cuadro severo y sombrío á su melancolía. Hacía enganchar, como en mejor tiempo, su *poney* á la *charrette*, y con el Cura iba á visitar los pueblos inmediatos, seguida de un concierto de bendiciones, y pensando tristemente en sus penas cuando todos le deseaban una felicidad tan grande como su caridad.

Cuando en compañía del clérigo pasaba por un camino difícil, donde el caballo hacía esfuerzos para tirar del carruaje, enseguida aparecía Billet, como si saliera de un misterioso antro, y con una fuerza á que nada resistía, el guarda sacaba el caballo y el carruaje del mal paso.

Se hubiera podido creer que el guarda redoblabla la vigilancia con que seguía los pasos de su señorita. No se presentaba muchas veces, pero siempre estaba alerta, en un radio de quinientos pasos, cuando Edmea salía al campo. Muchas veces, al oír ruido entre las ramas, el Cura se alarmaba y miraba con temor á su compañera, pero Edmea sonreía.

—Es Juan, señor Cura, que anda rondando

por aquí... ¿Quiere Ud. que le silbe?... Verá usted cómo aparece.

Y la hija de los bosques ponía los labios de una manera particular, produciendo un estridente silbido. Al instante se presentaba en la linde el guarda, contento de que se le llamase, y se unía á ellos, como un perro que se ha escapado y que teme le vuelvan á atar y á llevar á la casa donde no está su amo.

Sin embargo, el Cura no podía desechar sus temores. Temía ver aparecer de un momento á otro al que llamaba el mal hombre. No se atrevía á comunicar estos temores á la joven. La veía impasible, y parecía que le había olvidado. Pero algunas veces, en su mirada descubría una llama súbita, semejante á la luz de un faro iluminando la noche, y que revelaba el pensamiento de la joven. Comprendía entonces que Edmea no quería hablar del hombre á quien odiaba tan profundamente, pero que el fuego de sus rencores hervía vivo siempre en su corazón.

Otros indicios hubieran podido confirmar la convicción del anciano. Jamás la señorita de Croix-Mort iba hacia *La Vignerie*. Cuando se acercaba, no mucho, á los bosques que rodeaban aquella casa maldita, aparecía una sombra en su rostro, y callaba grave y preocupada, co-

mo si pasase cerca de un cementerio. En efecto: ¿no era allí donde se habían enterrado todas sus ilusiones y todas sus esperanzas?

Jamás pronunciaba el nombre de Ayères, ni aún hablando de su madre con personas extrañas. Decía: "La señora...". Y, en fin, no confesaba hacia algún tiempo, temiendo, no el deber de confesar todos los sentimientos violentos que se agitaban en su pecho, sino por no remover, confesándolos, todas sus iras, todos sus rencores.

El Párroco iba á comer en el castillo dos días por semana. Pero no lograba arrancar á la Baronesa de su atonía. Le recibía con la mayor indiferencia. Oía la conversación sin tomar ella parte, y no se animaba más que cuando el Cura, defiriendo á las instancias de la señorita de Croix-Mort, consentía en jugar á las cartas. Se jugaba entonces al *écartè*, y caro. El sacerdote decía á Edmea:

—Hija mía, Ud. me hace cometer grandes pecados. Me aficiono al juego, y codicio la ganancia.

—¡Bah! Todo es para los pobres, señor Cura... La intención es buena... No se preocupe usted...

Y cuando ella había reunido el dinero de todos, lo ponía en la mano del Cura, y le decía:

—Tome Ud., señor Cura, y mañana por la mañana haga Ud. penitencia por mí.

El anciano estrechaba la mano de la joven, la miraba con ojos de cariñosa admiración, y se preguntaba qué podía reprocharse á aquel angel extraviado sobre la tierra.

El día de Pascua, después de una comida excelente, el Párroco estaba instalado delante de la mesa de juego, y jugaba con la Baronesa. Detrás tenía la chimenea y enfrente una ventana que daba á la terraza. Edmea, sentada cerca de su madre, trabajaba en su labor, esperando el momento de remplazar á quien perdiera. Mientras la Baronesa barajaba, el Cura miraba maquinalmente á la ventana, cuyas cortinillas, por casualidad, estaban descubiertas.

De pronto palideció, sus manos temblaron de tal suerte, que chocaron los naipes en sus dedos, produciendo un ruido seco, y sus ojos quedaron fijos, inmóviles, como si tuviera gota serena. Apoyada contra el cristal, creyó haber visto, diabólica y amenazadora, la cabeza de Fernando. Habíanse cruzado su mirada y la de la aparición, y todo había desaparecido instantáneamente.

El Cura, trastornado, comenzó á jugar de un modo tan extraño, descartándose sin ton

ni son y haciendo tales torpezas, que Edmea le dijo:

—Hoy no está Ud. en el juego; se conoce que piensa Ud. en otra cosa, y valdrá más que lo dejemos para otro día.

El clérigo no contestó. Miraba á la ventana, procurando, en vano, descubrir sobre el fondo negro la terrible visión. Se preguntaba:—“¿Habrá vuelto? ¿Estará oculto en el parque?... ¿Qué proyectos puede traer?... ¿Cómo me aseguraré de que ha vuelto ó de que ha sido todo una ilusión?”

Pretextó estar muy cansado, y á las diez, bien envuelto en su manto, tomó el camino de la iglesia, guiado por el jardinero, que le acompañaba siempre hasta la plaza de la iglesia con una linterna. Hacía una hermosa luna, y había caído otra nevada. Se veía como de día. El clérigo, al llegar á la verja, dijo á su acompañante:

—He olvidado algo allá arriba, y vuelvo en un momento.

—Si el señor Cura quiere, yo iré.

—No, no; tú no lo encontrarías. Espérame aquí un minuto.

Se dirigió sólo hacia el castillo, andando con precipitación. Quería tener la prueba de que no había soñado al reconocer el rostro

del Barón detrás del cristal. Si había venido, sus pasos estarían señalados en la nieve de la terraza.

Latiéndole violentamente el corazón, lleno de ansiedad, el anciano avanzó con precaución para no ser visto, temiendo tener que dar explicaciones. Dió la vuelta al castillo, y con asombro descubrió sobre la blanca y helada alfombra de nieve la huella de un pie calzado. La huella venía desde la espesura del parque hasta la ventana, donde la nieve pisada denunciaba que el Barón se había detenido allí, y se perdía, en fin, en dirección del puente de la Divonnette.

El Cura quedó inmóvil, discurriendo qué haría. Su primer impulso fué entrar en el castillo y prevenir á Edmea. Pero todas las luces estaban ya apagadas en el piso bajo. Las señoras, que estarían ya en sus habitaciones de arriba, se alarmarían, le preguntarían, querrían saberlo todo, y todo habría que decirlo á la Baronesa al mismo tiempo que á Edmea. Esto era peor acaso que el peligro.

El Párroco se dirigió de nuevo á la verja lentamente, reflexionando, y resolvió volver antes del almuerzo el día siguiente, á decir á la joven que no debía salir de casa. Jamás Edmea salía por la mañana. Volvió á su iglesia muy

agitado, pasó una noche penosísima, se levantó la amanecer, dijo su misa, y al dar las nueve ya estaba en Croix-Mort.

Su acompañante de la víspera, el jardinero, fué quien le recibió. Dejó de barrer la nieve, que hacía resbaladizos los escalones de la entrada principal, y saludando al Cura, le dijo:

—Si busca Ud. á la señorita, señor Cura, hacia el parque va ahora mismo.

El clérigo palideció, zumbaron sus oídos, latieron sus sienes, y sintió el dolor de un fatal presentimiento. En el instante vió la siniestra cara del Barón pegada al cristal de la ventana, sus ojos rebosando pasión amenazadora, las huellas de los pies impresos en la nieve, y en aquel camino seguido por el malvado, la de los pasos ligeros de la hija de Dios.

Y preguntó:

—¿Hace mucho que ha salido?

—Ni siquiera cinco minutos; pero iba corriendo, porque llevaba mucha prisa.

—Pues ¿adónde va?

—Á la vera del soto, en casa de la Thibaude, que ha parido esta noche antes de tiempo, y dicen que está muy mala. Y tempranito vinieron á avisar á la señorita... Como es tan buena y tan caritativa...

El Cura no oyó más. Se remangó la sotana hasta la cintura, y, apretando el paso, corrió en seguimiento de la joven, deteniéndose algunas veces para gritar: "¡Edmea!", sin obtener respuesta. Había salido del parque, y seguía el camino del soto, sobre la nieve mezclada con lodo, en la que no reconocía ya la huella de la señorita de Croix-Mort. ¿Habría pasado por el camino derecho, ó habría tomado el atajo? El viejo miraba á todas partes, y en los senderos abiertos por los leñadores y los carboneros no descubría el más leve indicio que le pudiera guiar. Daba gritos. El silencio pesado de la extensión cubierta de nieve absorbía sus gritos, y nadie le contestaba.

Edmea, como le había dicho el jardinero, había salido muy apresurada. Iba á casa de una pobre mujer que servía algunas veces en el castillo, y cuyo marido era un trabajador que iba de pueblo en pueblo y trabajaba donde podía.

Llevando bajo el abrigo su botiquín, iba todo lo de prisa que podía. El parque se extendía todo blanco delante de ella. Pasó el río, que aún no estaba helado, y se internó en el bosque. Haría media hora que caminaba, cuando le pareció oír ruido entre la maleza. Detúvose un segundo, y exclamó:

—¿Eres tú, Billet?...

El ruido cesó, pero no apareció la figura tranquilizadora del guarda, como de costumbre: "Sin duda es algún cervatillo que muerde la corteza de los árboles," se dijo Edmea, y siguió andando de prisa para ganar el corto tiempo que había perdido.

Iba sobre la nieve espesa, silenciosamente, como sobre una alfombra, escuchando atenta y algo preocupada. Otra vez oyó ruido entre las ramas en la misma dirección. Edmea se detuvo por segunda vez, y gritó:

—¡Billet!

Su voz se perdió en la espesura del bosque mudo. Entonces sintió profundo terror. ¿Quién la seguía?... ¿Quién se ocultaba para seguirla?... Todos los trabajadores la conocían, y cuando ella pasaba, en vez de esconderse, salían á saludarla y á bendecirla. ¿Será algún merodeador, algún cazador furtivo?... No; tal era la vigilancia de Billet, que ninguno de ellos se atrevía á penetrar en sus dominios.

Aceleró el paso como si huyera. Todo estaba sombrío, triste y solitario, y á lo largo del camino seguía oyendo el ruido que hacían las ramas por entre las que pasaba el que silenciosamente la seguía. Subíasele la sangre á la cabeza, y apenas podía respirar. Tenía miedo. Pero, resuelta y vigorosa, miró en de-

redor para enterarse del sitio en que se hallaba.

Había entrado en el camino que conduce á la Vieuville. Á la izquierda se extendía la llanura, donde se encontraría en mejor situación y con más espacio... Un sendero había para bajar al llano. Entrose en el sendero, y se dispuso á correr. Había saltado una pequeña zanja del camino, cuando vió aparecer, saliendo de la espesura, una sombra negra delante de ella.

Los pies de la señorita de Croix-Mort parecían clavados en el suelo. Dió un grito, é hizo un gesto de horror. Acababa de reconocer á Fernando.

Diez pasos los separaban. Se miraron, ella temblando, aterrada delante de aquel espectro; él pálido, sombrío, como espantado de lo que hacía. Levantó las manos, suplicantes, é inclinándose, se dejó caer de rodillas sobre la nieve del sendero, murmurando con sollozos:

—¡Edmea! ¡Oh, Edmea!

La joven dió un grito de terror, y, volviéndose, se lanzó á la ventura, corriendo con todas sus fuerzas, sin gritar, conteniendo el aliento para apresurar la huida. Él la siguió, implorando siempre, murmurando palabras que ella no oía. Y excitado por la huida de Edmea, hacía esfuerzos para alcanzarla. Pero el miedo

daba alas á Edmea, y la distancia se ensanchaba entre ella y su temible perseguidor. Y oía al monstruo, que corría tras ella, repetir con voz ahogada y ronca:

—¡Edmea! ¡Por piedad!... ¡Edmea!

Su cerebro se abrasaba, su pecho parecía que iba á desgarrarse... Pero una fuerza sobrehumana la impulsaba. Todavía llevaba ganado bastante terreno, cuando, atravesando un arroyuelo, resbaló en el hielo y cayó... Se creyó perdida, y pensando en el único ser de quien en aquel trance podía esperar socorro, gritó con acento desesperado:

—¡Billet! ¡Billet!

Fernando contestó á este angustioso grito con una risa de loco, y franqueó el espacio que le separaba de su víctima.

No tuvo tiempo de llegar á Edmea. Saltando del bosque al camino, Billet acababa de aparecer. Puso una mano en el hombro de Fernando, y le hizo retroceder, y con la otra ayudó á Edmea á levantarse. Fernando, viéndose descubierto, perdió la cabeza. Su rostro se descompuso, sus dientes se apretaron con furor, y con una horrible imprecación, se abalanzó al guarda.

Billet sostuvo la acometida, y, arrojando la escopeta, que le impedía moverse, abrazó á su

adversario, sujetándole por la cintura, gritando:

—Señorita, no tenga Ud. miedo.... No se me escapa.... ¡Váyase Ud.!....

Pero Edmea, que no podía más, permaneció inmóvil, mirando con espanto á los dos hombres, que luchaban lanzando rugidos como dos fieras.

Billet tenía un vigor atlético; pero la rabia centuplicaba las fuerzas de Fernando. Consiguió hacer perder pie al guarda, le levantó, y agarrados rodaron los dos sobre la nieve.

La casualidad en la caída favoreció á Fernando; estaba encima de Billet, y, con una alegría feroz, sujetándole con ambas manos por el cuello, procuraba estrangularle. El guarda hizo un esfuerzo para levantarse con un violento y doloroso movimiento; pero no consiguió desasirse de las garras del Barón. Su garganta no pudo articular más que un sordo grito de agonía. Edmea, loca, desesperada, buscó un arma, una piedra, un palo.... Vió la escopeta caída cerca de la zanja, la cogió con un grito de triunfo, y apuntó á Fernando, exclamando:

—¡Infame, suéltale, ó te mato!

Fernando no respondió, y apretó las manos

que ahogaban al guarda. Una nube de humo pasó delante de los ojos de la joven, se oyó en la soledad un disparo, y el hombre á quien odiaba cayó redondo sobre la nieve ensangrentada.

XV

Cuando, después de seis semanas de enfermedad, la señorita de Croix-Mort recobró el conocimiento, vió cerca de su lecho á su madre de luto riguroso, y á su criada Rosalía también vestida de negro. Se la dijo había tenido una fiebre cerebral. Quiso preguntar, pero se le impuso silencio. Era preciso que descansara, que no pensase nada, que de nada se preocupase, si no quería recaer, con gran peligro de su vida.

Estuvo muchos días postrada en una especie de somnolencia, esforzándose por vencer la pesadez que la abrumaba, y no pudiendo conseguirlo, sin poder levantar sus brazos enflaquecidos, y queriendo, en vano, coordinar sus ideas en la cabeza, que le parecía vacía como el fondo de un pozo inmenso. Una preocupación constante la agitaba; saber donde estaba Billet; qué había sido de él.